



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

## **La repetición en psicoanálisis: un recorrido de Freud a Lacan**

Estudiante: Bruna Copelotti Guedes

Docente tutor: Dr. Marcelo Novas

Docente revisora: Dra. Verónica Pérez Horvath

Montevideo, Uruguay

Abril de 2025

## Índice

|                                                                                                   |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Resumen.....                                                                                      | 1  |
| Introducción.....                                                                                 | 2  |
| Capítulo 1 - La repetición: génesis de un concepto.....                                           | 4  |
| 1.1. Antecedentes en la filosofía.....                                                            | 4  |
| 1.2. La repetición en los primordios del psicoanálisis.....                                       | 8  |
| Capítulo 2 - La repetición en el psicoanálisis: el advenimiento de un concepto.....               | 10 |
| 2.1. Recordar versus repetir: la repetición en la transferencia.....                              | 12 |
| 2.2. Lo ominoso: un preludio a la repetición pulsional.....                                       | 15 |
| 2.3. Hacia el más allá: repetición y pulsión de muerte.....                                       | 18 |
| 2.3.1. Limitaciones al principio de placer.....                                                   | 19 |
| 2.3.2. Repetición y trauma.....                                                                   | 22 |
| 2.3.3. El nuevo dualismo pulsional: la repetición como expresión de la pulsión de muerte<br>..... | 24 |
| 2.3.4. La repetición y el principio de placer.....                                                | 26 |
| 2.3.5. ¿Más allá o más acá?.....                                                                  | 27 |
| Capítulo 3 - A propósito de Sísifo (interludio).....                                              | 30 |
| Capítulo 4 - Lo que insiste y lo que irrumpe: variaciones lacanianas sobre la repetición.....     | 32 |
| 4. 1. Automatismo de repetición y la insistencia del significante.....                            | 32 |
| 4. 2. De un encuentro con lo real: tyche y automaton.....                                         | 36 |
| A modo de síntesis.....                                                                           | 39 |
| Referencias bibliográficas.....                                                                   | 41 |



## Resumen

En el presente trabajo se realiza una reconstrucción teórica del concepto de repetición en el psicoanálisis, a través de un recorrido por la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan.

En el primer capítulo se presentan algunos antecedentes filosóficos, que permiten situar el problema de la repetición antes de su formalización conceptual en el psicoanálisis, y se revisan textos freudianos tempranos donde esta cuestión comienza a delinearse sin abordarse directamente. El segundo capítulo se centra en la elaboración freudiana del concepto, mediante el análisis de textos clave como *Recordar, repetir y reelaborar* (1914), *Lo ominoso* (1919) y *Más allá del principio de placer* (1920), donde se reconstruye el pasaje desde una concepción ligada al retorno de lo reprimido, la repetición puesta en acto, hacia una articulación con la pulsión de muerte y la dimensión del trauma.

El último capítulo está dedicado a la propuesta de Jacques Lacan, con especial atención al *Seminario sobre "La carta robada"* donde propone el automatismo de repetición como insistencia de la cadena signifiicante en el inconsciente, y al *Seminario 11*, donde distingue dos vertientes de la repetición: *automaton*, como insistencia del signifiicante, y *tyche*, como encuentro con lo real.

## Introducción

El problema de la repetición ha ocupado un lugar central en el pensamiento occidental, desde la Grecia antigua hasta la contemporaneidad. Es ineludible no pensar en los diversos procesos repetitivos cíclicos que de cierta forma atraviesan nuestra propia existencia: los ciclos de la naturaleza, las rutinas, la memoria, la repetición de experiencias, pensamientos, comportamientos, síntomas, o incluso de un “destino” que pareciera perseguirnos. Pareciera que todo, absolutamente todo, está atravesado por la repetición.

Así, podemos decir que se trata de una cuestión amplia que ha atravesado diversos campos del saber y que, como fenómeno complejo y paradójico, se resiste a toda definición unívoca o simplista. La pregunta por la repetición insiste, retorna y no se agota. Pero ¿qué es la repetición? ¿Qué efectos tiene? Si la pensamos desde el sentido común, quizás nos remita inmediatamente a la figura de lo mismo, de lo igual.

El interés inicial por la temática surge, en gran parte, de una inquietud personal provocada por la lectura de *El mito de Sísifo* (2021), de Albert Camus. Su reflexión sobre la repetición absurda y la posibilidad de una respuesta subjetiva frente al aparente sinsentido de esta, lejos de clausurar el pensamiento, abrió en mí algunas interrogantes que insisten: ¿estamos condenados a repetir, inmersos en una lógica donde tenemos poco o nulo control? ¿O bien puede la repetición ser un modo de creación y habilitar la invención singular? De todas formas, este trabajo no pretende resolver dichas preguntas. Su potencia radica, más bien, en su capacidad de mantener viva mi curiosidad, y es en ese sentido que las alojamos y sostenemos como impulso inicial que dio lugar a esta exploración preliminar sobre la temática.

Estas interrogantes, surgidas de una inquietud quizás más de orden existencial, encontraron en el psicoanálisis un terreno fértil para su elaboración teórica, donde la repetición adquiere un estatuto fundamental en la constitución psíquica y en la experiencia clínica. En este marco, el psicoanálisis no sólo retoma el problema de la repetición, sino que le da un matiz propio, otorgándole un lugar central en su teoría y su praxis. No obstante, su sentido y sus implicaciones han experimentado transformaciones a lo largo del tiempo, lo que hace pertinente una revisión de sus distintas formulaciones.

El objetivo de este trabajo es realizar una reconstrucción teórica del concepto de repetición en la teoría psicoanalítica, a partir de un recorrido por la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan. Para ello, haremos un recorte que nos permita visualizar su evolución, algunas de las principales ideas desarrolladas al respecto y sus desdoblamientos.

En el primer capítulo haremos un breve recorrido por algunos de los principales antecedentes que nos permiten situar el problema de la repetición antes de su formalización como categoría conceptual en el psicoanálisis. Luego se abordarán algunos escritos freudianos que, aunque aún no tratan el tema de forma explícita, cimientan las bases para su posterior formalización como concepto.

El segundo capítulo está dedicado a la obra de Sigmund Freud, quien fue el primer autor en plantear esta problemática en el ámbito de la constitución psíquica y en la práctica clínica, razón por la cual se le otorgará una atención especial. Partiendo de sus experiencias clínicas y, especialmente, de la escucha de sus pacientes, constata que lo que insiste y se repite es el síntoma, y ello lo llevará a preguntarse por los mecanismos que están detrás de esta insistencia. Así, en *Recordar, repetir y reelaborar* (1914), la repetición será conceptualizada como retorno de lo reprimido en forma de acto, determinada por la resistencia que impide el recuerdo. En *Lo ominoso* (1919) empezará a ganar nuevos contornos al asociarla a la fuerza "demoníaca" de la pulsión, aunque sin profundizar en esos desarrollos. Será recién al año siguiente, en la obra *Más allá del principio de placer* (1920), cuando se producirá un giro teórico que la asociará de manera más minuciosa a la fuerza devastadora de la pulsión de muerte y a lo no representado del trauma.

El último capítulo aborda la propuesta de Jacques Lacan, quien le otorgará a la repetición el estatus de concepto fundamental del psicoanálisis, quitándole el carácter demoníaco remanente de la teorización freudiana, para pensarla como efecto estructural de la constitución subjetiva. A partir de dos momentos fundamentales de su enseñanza: el automatismo de repetición como insistencia de la cadena significativa, tal como lo plantea en *El Seminario sobre "La carta robada"*. Posteriormente, en *El Seminario 11*, propone dos vertientes de la repetición usando los conceptos aristotélicos de *automaton*, como insistencia de la cadena significativa, y *tyche*, como encuentro con lo real.

## Capítulo 1 - La repetición: génesis de un concepto

### 1.1. Antecedentes en la filosofía

Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que  
estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de  
las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los  
pasos.

– Juan Rulfo (Pedro Páramo) –

La cuestión de la repetición antecede al psicoanálisis y ha ocupado un lugar central en el pensamiento occidental. Como eco de otras voces y tiempos, esta pregunta insiste y reverbera desde los tiempos más remotos de la antigüedad griega hasta la contemporaneidad, interrogando las lógicas que rigen los procesos cíclicos de la naturaleza y de lo humano.

A su vez, esta ha sido objeto de varios mitos. Desde Ixión, condenado a girar eternamente atado a una rueda; Tántalo, sentenciado a nunca más poder comer ni beber, ya que cada vez que se acercaba a alguno de estos objetos, se alejaban inmediatamente; hasta el famoso Sísifo, que por sus innumerables artimañas, provocó la ira de los dioses y fue condenado a subir eternamente una roca hasta la cima de la montaña para luego verla caer cuesta abajo. Todos condenados a la eterna repetición del sin sentido.

Si nos remontamos a la filosofía de Heráclito encontraremos una cosmología que supone una sucesión cíclica del universo según la cual “el mundo surge del fuego y vuelve al fuego según ciclos fijados y por toda la eternidad” (Ferrater Mora, 1969, p.594). Se repite eternamente el ciclo de destrucción del universo, para luego resurgir entre las cenizas del incendio universal que destruyó el anterior. En otros términos, plantea que el universo está en permanente movimiento y transformación, y la realidad está fundamentada en un devenir continuo. Esta teoría, luego veremos, será fuente de inspiración para Nietzsche en su pensamiento acerca del eterno retorno.

Platón, con su teoría de la reminiscencia, también puede considerarse un antecesor en la temática. En sus obras *Menón o de la virtud* (1871) y *Timeo o de la naturaleza* (1872),

plantea que el hombre está compuesto por un cuerpo vinculado al mundo sensible, y por el alma que pertenece al mundo de las ideas, donde reside el verdadero conocimiento. Propone entonces que el conocimiento no se adquiere a través de la percepción, sino que es innato. El conocimiento sensible que se adquiere a través de la percepción es un disparador del verdadero conocimiento, el intelectual, que es pura memoria. El hombre no conoce nada nuevo sino que va recordando todas las cosas que su alma ya conocía, pero que fueron olvidadas en el proceso de encarnación. Por lo tanto, conocer es recordar; se trata de un retorno de la idea. La repetición que surge aquí puede ser leída como más de lo mismo, no comprende ningún elemento diferencial o nuevo, en tanto es una mera reviviscencia de contenidos del pasado.

Aunque la repetición en la historia del pensamiento escapa al objetivo de este trabajo, podemos visualizar el germen de lo que posteriormente será planteado en la filosofía contemporánea como categoría conceptual.

Entre los autores que trabajan la repetición y pertenecen al mismo campo del saber en el cual el psicoanálisis emerge, podríamos decir que Kierkegaard y Nietzsche aparecen como principales referencias, puesto que hacen de la repetición, cada uno a su manera, una categoría fundamental para la filosofía del porvenir (Deleuze, 1968, p. 30). La referencia a Kierkegaard es ineludible, ya que este concepto es clave en su pensamiento. En *La repetición* (1843), firmado irónicamente con el pseudónimo Constantin Constantius, plantea que la repetición viene a sustituir en la nueva filosofía lo que para Platón era pensado en términos de reminiscencia (recuerdo): “De la misma manera que éstos enseñaban que todo conocimiento era una reminiscencia, así enseñará también la nueva filosofía que toda la vida es una repetición” (p. 4) ¿Qué significa eso? ¿Qué es la repetición para él?

Aprovechándose de los recursos del idioma danés, Kierkegaard utiliza la palabra *repeteren* diferenciada de la palabra *gjentagelsen*, para marcar esa diferencia conceptual. La primera hace alusión a la repetición como reiteración de lo mismo, como reencuentro esperado de lo que ya fue en otro momento. Para Nelly Viallaneix (1977), *repeteren* tiene el sentido de un repetir mecánico como reproducción, que estaría más relacionado con el concepto freudiano de compulsión a la repetición “fruto del instinto de muerte” (p. 44). En cambio, *gjentagelsen*, la verdadera repetición, enfatiza el sentido de “recuperación” de algo que se debe volver a tomar. No es retorno de lo mismo, sino que alude a una retoma, que permite que surja algo nuevo (Viallaneix, 1977, pp. 86-87).

Es decir, la repetición verdadera, como recuperación o retoma, tiene que ver con una apropiación que rompe con el automatismo e implica una posición activa del sujeto que retoma algo de su propia existencia. Veníamos diciendo que, para Kierkegaard, la repetición es lo que

para los griegos era reminiscencia, pero ¿en qué se diferencian entonces? Nos dice Kierkegaard (1843):

La dialéctica de la repetición es fácil y sencilla. Porque lo que se repite, anteriormente ha sido, pues de lo contrario no podría repetirse. Ahora bien, cabalmente el hecho de que lo que se repita sea algo que fue, es lo que confiere a la repetición su carácter de novedad. Cuando los griegos afirmaban que todo conocimiento era una reminiscencia, querían decir con ello que toda la existencia, esto es, lo que ahora existe, había ya sido antes. En cambio, cuando se afirma que la vida es una repetición, se quiere significar con ello que la existencia, esto es, lo que ya ha existido, empieza a existir ahora de nuevo (p. 16).

Lo novedoso de sus planteos es que explora la dimensión temporal de la repetición: no se trata de un retorno al pasado como actualización nostálgica de la memoria en forma de recuerdo, sino que la repetición impone lo nuevo del instante.

Mientras en la reminiscencia se afirma que “lo que existe ahora, ya ha sido antes”, la repetición, en cambio, afirma la irrupción de la novedad que surge en el encuentro de lo que ya se experimentó, “ya ha existido, pero empieza a existir ahora de nuevo”, en este instante.

Aquí cabe hacer una aclaración crucial para entender su pensamiento: repetición y reminiscencia no se confunden. Cuando enuncia que “lo que ya ha existido, empieza a existir ahora de nuevo”, distingue la reminiscencia (en el sentido de un recuerdo), de la repetición, ya que lo que marca el “ahora de nuevo”, no es que lo que existe ahora ya existió antes, sino que lo que existió antes, empieza a existir de nuevo, es decir surge como novedad. De ahí la imposibilidad de una repetición completa. Los acontecimientos, cuando repetidos ya no son más iguales a lo que fueron. Así, la repetición puede pensarse en un sentido afirmativo, como objeto supremo de la voluntad y la libertad. No se trata de extraer de la repetición algo nuevo, sino que la repetición en sí misma sea una novedad, un acto y una tarea de la libertad (Deleuze, 1968, pp. 27-28)

En Nietzsche, la cuestión de la repetición surge en sus planteos acerca del eterno retorno como “ciclo incondicional, infinitamente repetido, de todas las cosas” (Nietzsche, 1908, p. 79), en el cual puede visualizarse la influencia del pensamiento de Heraclito, pensador que afirmaba el devenir y el ser del devenir. En Así habló Zaratustra(1885), dice:

Todo va, todo vuelve; eternamente rueda la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer, eternamente corre el año del ser(...) En cada instante comienza el ser; en torno a todo "Aquí" gira la esfera "Allá". El centro está en todas partes. Curvo es el sendero de la eternidad (p.353).

¿De qué se trata ese ciclo incondicional e infinitamente repetido al que hace referencia? Podemos pensar que al hablar de un "eterno retorno" no está haciendo alusión a una reproducción de lo idéntico, de la mismidad, ya que lo que se repite no es el contenido, las cosas en sí mismas, sino que hace énfasis en el ciclo. A la vez esta concepción rompe con la idea de un tiempo cronológico y lineal: "todo lo recto miente (...) toda verdad es torcida, el tiempo mismo es un círculo" (Nietzsche, 1885, p. 155)

Según Eugen Fink (2000) si todo lo que ocurre fuera solo repetición idéntica de algo anterior, entonces el futuro sería fijo. En cambio, en la concepción nietzscheana el pasado está tan abierto como el futuro, todo está todavía por hacer; así el tiempo pierde su orientación lineal inequívoca. No solo se quiere hacia adelante, sino que se puede querer hacia atrás (p.106). Es decir, nos habla de un tiempo infinito de pura potencialidad.

De esta forma, podemos pensarlo no como una repetición de lo que ya fue en el pasado, dado que esto sería imposible; se trata más bien de una repetición que se afirma en el acontecimiento, en el constante devenir de las cosas y apunta, en última instancia, a la voluntad del hombre.

Siguiendo estos planteos, podemos pensar que va más allá del reconocimiento del carácter circular de las cosas. Se trata de una constante recreación de la existencia misma, como forma de subjetivación, de apropiación por parte del sujeto de aquello que aparece otra vez. La sugestiva pregunta "¿quieres que se repita esto una e innumerables veces más?" (Nietzsche, 1882, p.133) puede considerarse como una invitación a pensar que la vida debe ser vivida como si cada momento se fuera a repetir eternamente y, así, se abre el vasto campo de la posibilidad de elegir. La repetición que propone el eterno retorno surge como una forma de afirmación de lo más singular del sujeto, de la posibilidad de crear y recrear la propia existencia a la medida de su propio deseo.

Repetición (como retoma o recuperación) y eterno retorno. Ambas ideas, salvadas las diferencias, expresan en común que la repetición ya no es pensada a partir de la categoría antigua de reminiscencia, tampoco con la categoría moderna de habitus (Deleuze, 1968, p.30). Más aún, arrojan luz sobre su carácter paradójico: no es reproducción de lo mismo, pero a la vez, "lo que se repite, anteriormente ha sido, pues de lo contrario no podría repetirse."

(Kierkegaard, 1843, p.16). Es decir, lo repetido tiene una semejanza con algo anterior, que ocurrió en otro tiempo, a la vez que presenta una diferencia para que pueda ser reconocido como otra cosa. Si fuera exactamente igual no podría ser entendido como otra experiencia. Comprender la construcción del concepto exige revisar aquellos antecedentes teóricos que preceden al psicoanálisis. Más allá de las divergencias o convergencias teóricas, este recorrido nos permitió vislumbrar brevemente el sentido de algunas de las principales teorizaciones que asientan las bases sobre las cuales emergerá luego el concepto de repetición en el psicoanálisis.

## **1.2. La repetición en los primordios del psicoanálisis**

En el presente apartado se trabajará la evolución del concepto de repetición a la luz del pensamiento freudiano. Aunque la repetición, en tanto concepto psicoanalítico, sólo será trabajado expresamente en *Recordar, repetir y reelaborar* (1914), en *Lo Ominoso* (1919) y en *Más allá del principio de placer* (1920), entendemos que su desarrollo es producto de un largo trabajo anterior.

Por este motivo, iniciaremos este capítulo con un breve recorrido por diferentes escritos que, si bien no abordan el tema de manera explícita, cimentarán las bases para su posterior formalización como concepto. Luego abordaremos los textos citados anteriormente, que amplían la temática y la desarrollan en profundidad.

El fenómeno de la repetición es ampliamente trabajado por Freud a lo largo de toda su obra. Aunque su formalización conceptual, especialmente asociado a la pulsión de muerte, ocurrió solamente en 1920, la interrogación respecto a la tendencia a repetir con un carácter coercitivo está presente desde los primordios del psicoanálisis, orientando sus estudios y prácticas clínicas. En diferentes textos puede visualizarse la lógica de la repetición, aunque con diferentes abordajes. La idea de repetición (*Wiederholung*) asociada a la compulsión (*Zwang*) pueden encontrarse ya en sus primeros escritos psicoanalíticos como una de las dimensiones constitutivas de la noción de inconsciente (Roudinesco & Plon, 1998, p.942).

A lo largo de la obra *Estudios sobre la histeria* (1895) vemos como la repetición es pensada en relación a los mecanismos inconscientes que operan en la histeria, donde el síntoma se presenta como una insistencia de las reminiscencias vinculadas a una situación traumática que retornan en el intento de lograr una descarga. Específicamente, en *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos, Comunicación preliminar*, de 1893, Freud y Breuer enuncian la célebre frase: “el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias”. El

síntoma histérico es pensado aquí como huella mnémica de un afecto reprimido que reproduce de manera distorsionada los elementos de un conflicto, y que porta un decir sobre la historia del sujeto. Es la expresión de lo que no ha podido ser olvidado y se repite en la insistencia de ser escuchado. Para Kaufmann (1996, p. 452), aquí ya comienza a delinearse, aún de manera incipiente, el mecanismo de la *zwang* (compulsión).

El término *Zwangsvorstellungen* (representaciones obsesivas) es usado por primera vez en un texto que data de 1894, intitulado *Las neuropsicosis de defensa*. Aquí se empieza a esbozar la idea de una repetición constitutiva del psiquismo. El vocablo alemán *zwang* expresa el carácter de insistencia, de necesidad asociada a esas representaciones que tienen un carácter coercitivo, y que pueden visualizarse en los actos obsesivos y repetitivos que dieron lugar al término *Zwangsneurose* (neurosis obsesiva).

En 1895, en el escrito *Proyecto de psicología*, Freud nos presenta algunas teorizaciones acerca del concepto de facilitación (*Bahnung*). Si bien todavía está pautado por la lógica del principio de placer, en estas teorizaciones se puede entrever un esbozo de lo que posteriormente será formalizado como concepto de compulsión de repetición. Al explicar su teoría de la neurona, hace una lectura de la memoria con el supuesto de la facilitación neuronal, en la cual plantea que “la memoria está constituida por las facilitaciones existentes entre neuronas” (Freud, 1895, p. 344). La facilitación es la disminución de la resistencia en el pasaje de energía de una neurona a otra.

Freud se pregunta ¿de qué depende esta facilitación? La respuesta, según él, tiene que ver con la intensidad de la impresión recibida y de su repetición (*Wiederholung*) más o menos frecuente. En otras palabras, refiere a un monto de energía que logra atravesar las barreras de contacto y “ocasionan de tal modo un dolor, pero abriendo un paso, una huella, que tenderá a volverse permanente y, como tal, fuente de placer, a pesar del dolor reavivado en cada oportunidad” (Roudinesco & Plon, 1998, p. 943).

La idea de facilitación revela, entonces, una tendencia de la energía a repetir un mismo sendero ya utilizado en experiencias anteriores, puesto que los nuevos caminos imponen mayor resistencia y, consecuentemente, un mayor gasto de energía psíquica.

En el escrito de 1896, *Nuevas puntualizaciones sobre las psiconeurosis de defensa*, donde teoriza sobre la etiología y el mecanismo de las neurosis, Freud usa por primera vez la expresión retorno de lo reprimido (p.170) y demuestra el lugar que tiene el mecanismo de defensa (*abwehr*) en la estructura de la repetición.

El fracaso de la defensa puede considerarse como aquello que habilita el movimiento de repetición que se da en el retorno de los contenidos reprimidos, que vuelven de forma

incesante. En ese movimiento de retorno de los recuerdos reprimidos Freud destaca que nunca es una repetición fiel de lo mismo; señala que hay una diferencia entre la huella mnémica original y el recuerdo que asoma a la consciencia después, ya alterado, en virtud del funcionamiento del aparato psíquico (Freud, 1896, p.170). En relación a eso, Kaufmann (1996) propone que “la repetición como repetición de las diferencias también puede pensarse como consecuencia del proceso de represión. Las diferencias se deben, en última instancia, al carácter inabordable de lo reprimido” (p. 452). Es decir, el movimiento de repetición busca siempre las huellas de ese camino imposible.

Hasta aquí pudimos visualizar la emergencia, aún incipiente, de una temática que luego ganará nuevos contornos y será elevada a la categoría de concepto.

## **Capítulo 2 - La repetición en el psicoanálisis: el advenimiento de un concepto**

Repetir, repetir – hasta que quede diferente.

Repetir es un don de estilo.

- Manoel de Barros -

En el capítulo anterior pudimos trazar algunas líneas que luego nos permitirán arribar a la formalización psicoanalítica de la repetición en la categoría de concepto. El psicoanálisis, como veremos, retoma la pregunta por la repetición, pero planteada ya en otros términos.

Freud fue el primer autor en plantear esta problemática en el ámbito de la constitución psíquica y en la práctica clínica. Partiendo de sus experiencias clínicas y, especialmente, de la escucha de sus pacientes, constata que lo que insiste y se repite es el síntoma y lo llevará a preguntarse por los mecanismos que están por detrás de esta. Sus teorizaciones pueden visualizarse especialmente en las obras *Recordar, repetir y reelaborar* (1914), como retorno de lo reprimido en forma de acto, determinada por la resistencia que impide el recuerdo. En *Lo ominoso* (1919) empezará a ganar nuevos contornos al asociarla a la pulsión, pero sin profundizar en esos desarrollos. Será recién al año siguiente, en la obra *Más allá del principio de placer* (1920), cuando se producirá un giro teórico que la asociará de manera más minuciosa a la fuerza devastadora de la pulsión de muerte y de lo no representado del trauma.

Ahora bien, antes de proseguir parece pertinente preguntarnos ¿a qué nos referimos cuando hablamos de repetición? El sentido del término repetición es esclarecedor. Descompongámoslo: repetir, del latín, *repetĕre*, que deriva de la unión del prefijo *re*, que denota un movimiento hacia atrás, volver a; y *petere*, pedir, reivindicar, tomar algo. Por lo tanto,

*repetitio* más *onis*, deriva en repetición, que es acción o efecto de repetir (Corominas, 1987, p.503). En suma, repetir tiene que ver con un movimiento retroactivo de volver a pedir o tomar algo de nuevo.

Dijimos antes que, en el psicoanálisis, la repetición está planteada en relación al funcionamiento psíquico y como fundamento la práctica clínica. La inauguración de un proceso de análisis con frecuencia empieza a partir de una queja por algo que insiste, que no cesa, que hace con que el sujeto vuelva al mismo lugar, a pesar del sufrimiento, de las oportunidades perdidas, del tiempo perdido

Según Laplanche & Pontalis (1967) se trata de un proceso de origen inconsciente, de carácter coercitivo, en virtud del cual el sujeto repite activamente situaciones penosas y que generan malestar, sin recordar el prototipo de ellas, de las cuales tiene la vívida impresión de que se trata de situaciones que tienen origen en el presente (p. 67).

Para Roland Chemama (1998) se trata de aquello que retorna sin cesar en las representaciones, los discursos, las conductas o situaciones que vive un sujeto, la mayor parte de las veces sin que él sea consciente y, en última instancia, sin una intención deliberada (p. 383).

Por su parte, Roudinesco & Plon (1998) refieren a un proceso inconsciente, indomable, proveniente del campo pulsional, que ejerce sobre el sujeto una fuerza coactiva que lo obliga a reproducir una serie de eventos, ya sea actos, ideas, pensamientos o sueños, que en su origen generaron sufrimiento y que aún conservan su carácter doloroso (p.942).

Pero también podríamos pensarla como algo propio de la estructura del sujeto y, en un sentido amplio, de la existencia misma, ya que la repetición es lo que mueve la existencia, haciendo de esta una búsqueda infinita. Sobre esto profundizaremos más adelante, cuando adentremos en la lectura que hace Lacan.

En su uso coloquial la palabra repetición remite a una idea de reiteración, reproducción, como copia o imitación de alguna cosa o situación. Esto, inexorablemente, nos lleva a la pregunta ¿repetición y reproducción son homologables?

La problemática en cuestión trae aparejada una serie de interrogantes que nos llevan a preguntarnos sobre su naturaleza y su relación con fenómenos observables no sólo en la práctica clínica, como también en la vida cotidiana. ¿Por qué repetimos? ¿Por qué razón un sujeto es compelido, contra su voluntad, a reeditar eventos que le producen sufrimiento? ¿Qué mecanismos sostienen la repetición? ¿Cuál es la lógica que diferencia repetición de reproducción?

Lo cierto es que en la teoría psicoanalítica, como veremos a seguir, este concepto evoca una multiplicidad de interpretaciones y diferentes respuestas para estas interrogantes. En los siguientes apartados profundizaremos sobre las diferentes teorizaciones y la evolución de este concepto, primero desde la perspectiva de Freud, para luego pasar a la formulación de Lacan.

## **2.1. Recordar *versus* repetir: la repetición en la transferencia**

En uno de sus escritos sobre la técnica psicoanalítica, *Recordar, repetir y reelaborar* (1914), Freud utiliza por primera vez la expresión “compulsión de repetición” (p.152) para dar cuenta de un problema clínico: el límite a la rememoración que se pone en juego en la relación transferencial. Es decir, allí donde el analista espera un recuerdo se encuentra con un acto, que repite un fragmento del pasado y que se revela resistente a la rememoración. Pero ¿qué es lo que se repite? ¿Cuál es la lógica que sostiene la repetición en este momento de su obra?

Comienza abordando las diferencias operativas entre los dos tipos de tratamiento que había utilizado hasta ese momento; a saber: la hipnosis, basada en el recuerdo, y la clínica psicoanalítica, basada en la asociación libre.

Para situar la fuerza de la resistencia y cómo esta determina la repetición Freud comienza este escrito haciendo una mención a la hipnosis, técnica utilizada en los primordios del psicoanálisis. Esta tenía como objetivo reproducir, a través del recuerdo, los procesos psíquicos vinculados con la situación traumática en la cual se produjo la formación del síntoma para abreaccionar, es decir, descargar la tensión en la actividad consciente, en el entendido de que el solo hecho de tomar consciencia por sí solo, produce un alivio sintomático. Pero observa que en la hipnosis el sujeto retorna a una situación anterior sin ningún tipo de obstáculo: “el recordar, en aquellos tratamientos hipnóticos, cobraba una forma muy simple. El paciente se trasladaba a una situación anterior, que no parecía confundir nunca con la situación presente” (Freud, 1914, p.150).

Si en la hipnosis subyace la idea de una tendencia natural a recordar, libre de tensiones, con la nueva técnica de la asociación libre, en cambio, descubre que hay un límite a la rememoración: la resistencia. De esta forma, la repetición aparece como expresión de la resistencia a recordar. En este sentido plantea que el analizado generalmente empieza el tratamiento con una repetición: al ser informado de la regla fundamental, es decir, asociar libremente, el analizado muy frecuentemente se ve inhibido, sin ocurrencias de ningún tipo y no logra decir nada sobre su historia o aquello que lo aqueja. Respecto a eso, observa:

Si nos atenemos al signo distintivo de esta técnica respecto del tipo anterior, podemos decir que el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace (Freud, 1914, pp. 151-152).

Es decir, aquello que el sujeto no puede recordar retorna de otro modo, se repite en forma de acto, movidos por contenidos psíquicos reprimidos del pasado que retornan compulsivamente, operando como resistencia a recordar. Pero, ¿qué se repite específicamente? Nos dirá Freud: “Todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter. Y además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas” (p.153).

En este mismo escrito se interroga sobre la relación entre olvido, represión y recuerdo, y percibe que no hay una relación directa entre estos mecanismos. Siguiendo las teorizaciones hechas hasta ese entonces, la represión es entendida como modo de “olvidar” y el retorno de lo reprimido sería una forma de recordar, pero que aparece cifrada. Es decir, estos fenómenos son manifestaciones de las huellas mnémicas que constituyen el inconsciente. A partir de esta lógica, la repetición aparece como forma de recordar, pero cifrada, a manera del retorno de los contenidos reprimidos.

No obstante, Freud se encuentra con otro grupo de procesos psíquicos que no siguen la misma lógica propuesta hasta ese momento para pensar la relación entre olvido y recuerdo, y hace una interesante observación: “aquí sucede con particular frecuencia, que se ‘recuerde’ algo que nunca pudo ser ‘olvidado’ porque en ningún tiempo se lo advirtió, nunca fue consciente” (Freud, 1914, p. 151). Esta observación parece advertir la existencia de algo que escapa al recuerdo en términos de representaciones reprimidas, poniendo en evidencia una dimensión del inconsciente que es imposible de recordar.

De todas formas, no lo desarrolla en profundidad y en este momento aún no asocia la compulsión de repetición a lo que posteriormente planteará como un principio, en *Más allá del principio de placer*. Este problema teórico entonces será respondido con los conceptos que tenía a disposición en esa época: transferencia y resistencia.

Así, propone que las inhibiciones, los síntomas, los rasgos patológicos, serán reactualizados en la escena transferencial como una resistencia a la regla fundamental; como repetición en acto de un pasado olvidado: “la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado”(pág.152).

Se entiende, entonces, que la transferencia, en tanto actualización de contenidos psíquicos reprimidos, es entendida aquí como una repetición. Aunque observa que esto no se limita a la situación analítica, sino a la totalidad de la vida del paciente.

Por otro lado, Freud nos advierte del riesgo de que el paciente se entregue a la compulsión de repetición por efecto de la resistencia al impulso de recordar. A mayor resistencia, mayor será la tendencia a sustituir el recordar por el actuar, o sea, repetir (Freud, 1914, p. 153). En definitiva, se repite como resistencia a recordar ya que el recuerdo es portador de un malestar para el sujeto. Por esta razón, se activan las resistencias como forma de impedir el recuerdo, y lo que adviene entonces es repetición en forma de acto.

En este sentido, una vez más, Freud reafirma la vigencia del pasado que vuelve como fuerza actual y se reedita en el padecimiento presente. La posibilidad de dominar la compulsión de repetición no simbolizada, para reelaborarla y hacer de ella un motivo para recordar dependerá del correcto manejo transferencial y de la reelaboración de las resistencias.

Hasta aquí, lo novedoso de sus planteos en torno a la repetición es, sobre todo, la nueva denominación dada a este problema clínico, ya que, como vimos en el apartado anterior, estas ideas ya habían sido parcialmente advertidas en escritos previos. El propio Freud lo dice: "En este punto podemos advertir que poniendo de relieve la compulsión de repetición no hemos obtenido ningún hecho nuevo, sino sólo una concepción más unificadora" (pág. 153).

Nos preguntamos al inicio ¿cuál es la lógica que sostiene la repetición en este momento de la obra freudiana? La explicación a esta problemática está basada fundamentalmente en las conceptualizaciones desarrolladas hasta ese entonces sobre el funcionamiento del aparato psíquico, es decir todos los desarrollos de primera tópica. Según Colette Soler (1991) la repetición en esta obra puede ser leída como un problema homogéneo con el retorno de lo reprimido (p. 19). Esto mismo se puede visualizar explícitamente cuando Freud nos esclarece sobre qué es lo que se repite.

En ese sentido, la lógica misma del aparato psíquico puede ser pensada en el registro de una repetición de carácter estructural, ya que este se orienta a recuperar aquellas huellas mnémicas de satisfacción primordial.

En suma, la repetición aquí, aunque planteada en términos de compulsión, todavía no pone en tela de juicio la hegemonía del principio de placer, sino que surge como otra modalidad de retorno de lo reprimido, pero puesto en acto. En último término, como nos alerta Freud, como otra forma de recordar.

## 2.2. Lo ominoso: un preludio a la repetición pulsional

En un interesante texto que data de 1919, intitulado *Lo ominoso* (sinistro, según la traducción), la repetición gana un nuevo estatuto diferenciándose de aquel trabajado en Recordar repetir y elaborar. Aquí es anunciada en su sentido último: como compulsión demoníaca ligada a fuerzas pulsionales.

Partiendo de la pregunta acerca de lo ominoso, Freud levanta una serie de interrogantes que van más allá de la cuestión estética. Así, se pregunta sobre las condiciones de surgimiento de este sentimiento en el ámbito psíquico, ubicando a la repetición de lo mismo como una de las fuentes de este. ¿Qué es lo que causa esa sensación de ominosidad que Freud va a describir como algo del orden de lo terrorífico, que causa horror y angustia? ¿Qué mecanismos se ponen en marcha para que esta sensación se produzca? Para lograr una mejor comprensión de la cuestión, la analiza a partir de dos ejes: por un lado hace un análisis semántico del vocablo alemán *unheimlich*; por otro, analiza las circunstancias, vivencias e impresiones que despiertan ese sentimiento de ominosidad.

En su extensa revisión, se encuentra con que la palabra *unheimlich*, traducida como ominoso deriva de la palabra *heimlich*. La partícula un, indica negación, por lo que *unheimlich* podría ser tomado a la ligera apenas como antónimo de *heimlich*. Empero, en los múltiples sentidos de la palabra *heimlich*, se encuentran dos acepciones que revelan su ambivalencia. Por un lado tiene que ver con lo íntimo, lo familiar, lo agradable; por otro, con lo clandestino, lo que se mantiene oculto, en secreto, siendo que este último sentido, curiosamente, coincide con su opuesto. Es decir, *unheimlich* de alguna manera “es una variedad de *heimlich*” (Freud, 1919, p. 226).

Entonces lo ominoso puede definirse inicialmente como “aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (p. 220). Es eso extraño, tenebroso, exterior, pero que remite paradójicamente, a lo familiar y más íntimo de un sujeto.

Pero ¿cómo es posible que lo familiar devenga ominoso y en qué condiciones esto ocurre? Profundicemos un poco más. Para ilustrar las circunstancias, vivencias e impresiones que despiertan ese sentimiento de ominosidad Freud recurre tanto a la literatura como a experiencias reales. Apoyándose en los cuentos de E.T. A. Hoffmann, *Los elixires del diablo* y sobre todo *El Hombre de la Arena*, Freud desarrolla un minucioso análisis que tiene como objetivo comprobar la hipótesis de que lo ominoso, en última instancia, remite a aquello que nos es íntimamente familiar. El pensamiento mágico, la sensación de incertidumbre que se

genera ante la duda acerca de si algo es animado o inanimado a pesar de su semejanza con lo vivo, la castración, los límites entre lo interno y lo externo (el yo y el otro) representado por la figura del doble, son elementos que va ubicando como fuentes de lo ominoso.

Pero, entre las cosas que destaca que pueden suscitar ese sentimiento de “inquietante extrañeza” (Roudinesco, p.1097), nos detendremos en una en particular, la cual tiene relación directa con la cuestión que nos ocupa en esta ocasión: la repetición o el “permanente retorno de lo igual” (Freud, 1919, p. 234). Esta es, para él, la fuente misma de lo ominoso. Sea frente a la presencia de dobles, que horrorizan precisamente por su familiaridad y cercanía, cómo una suerte de retorno de lo reprimido que remite a épocas primitivas del desarrollo, donde aún no estaba establecida la distancia entre un Yo y un Otro; o en la repetición de “mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, hechos criminales, y hasta nombres a lo largo de varias generaciones” (p.234).

También en vivencias como aquella en la cual se encontraba deambulando por las calles desconocidas de un pueblito italiano, cuando se encuentra con varias mujeres pintarrajeadas, por lo que inmediatamente concluye que son prostitutas, y se apura para salir lo más rápido posible del local, dando vuelta en la primera esquina. Pero luego de andar sin rumbo por un tiempo, se encuentra súbitamente en la misma calle, donde siente que su presencia comienza a llamar la atención. Nuevamente se aleja apresuradamente, lo que tiene por consecuencia que vuelva una tercera vez al mismo lugar. Ese retorno al mismo local, en apariencia involuntario, produce en él un sentimiento extraño, de desvalimiento y ominosidad. En seguida, al encontrar la plaza desde la cual partió inicialmente, se siente aliviado y feliz.

Además hace referencia a otros episodios triviales, como cuando nos encontramos con la repetición de un mismo número en diferentes circunstancias y en un corto espacio de tiempo, como si estuviéramos siendo “perseguidos” por ese número, dejando un aire de misterio y superstición. ¿Por qué la repetición suscita lo ominoso? ¿Qué tienen de ominosas esas experiencias?

Según sus hipótesis, el carácter ominoso del retorno de lo igual remonta a la vida anímica infantil y el prefijo un de unheimlich representa nada menos que la marca de la represión de contenidos que remiten a esa época: “pues esto ominoso no es efectivamente algo nuevo o ajeno, sino algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión” (p. 320). Lo ominoso sería entonces, decantándose finalmente por la definición dada por Schelling, aquello que estando reprimido y “destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud, 1919, p. 241).

Pero hay algo más: Freud señala que lo que produce el sentimiento de ominosidad, entonces, no sería la mera repetición de las cosas o el retorno del contenido reprimido en sí mismo, sino el hecho de que puede repetirse compulsivamente de forma “no deliberada” (p.237), sin que se pueda evitarlo, puesto que si estaba destinado a permanecer en lo oculto, significa que su retorno es involuntario e, incluso, indeseado. Eso termina imprimiendo a la experiencia un carácter de ajenidad y de fatalidad inevitable.

Es que eso que el sujeto siente como algo ajeno, por fuera de su voluntad, que lo somete a un destino inevitable tiene que ver con una “compulsión de repetición” que impera en lo inconsciente, y que a su vez está íntimamente vinculada a las pulsiones. Esta es capaz de desbancar al principio de placer, provocando efectos “demoníacos” en la vida anímica, cuestión que Freud (1919) enuncia de la siguiente manera:

En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso. Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición (p. 238).

Es decir, aquellos contenidos infantiles que fueron familiares en un principio, se tornan ajenos por fuerza de la represión. La fuerza pulsional hace con que éstos retornen contra la voluntad del sujeto produciendo un extrañamiento.

Esa ambigüedad de la palabra *unheimlich* que oscila entre lo “familiar” y lo “desconocido” de cierta forma revela el conflicto psíquico subyacente y puede relacionarse con la sensación de inquietud y perplejidad del sujeto por el retorno del contenido reprimido (por lo tanto, conocido), pero que vuelve bajo la forma de algo desconocido y asustador. Lo ominoso es eso en apariencia extraño, desconocido, pero a la vez familiar e íntimo para el psiquismo. ¿Acaso no es eso lo que se pone en juego cuando el sujeto se depara con los mismos comportamientos, síntomas, pensamientos, situaciones, pero sin reconocerse en ellos, como si le fueran ajenos a su voluntad?

De esta forma, vemos como Freud se va acercando cada vez más a la formalización de una teoría de la repetición como una compulsión asociada a lo pulsional, aunque aquí todavía no explica la dinámica que se pone en marcha en este mecanismo.

### **2.3. Hacia el más allá. Repetición y pulsión de muerte.**

En *Más allá del principio de placer* (1920), Freud agrega nuevos elementos en la teorización de la *compulsión de repetición* –algunos anticipados en *Lo ominoso* (1919)–, y propone un giro que impactará en todo el edificio teórico construido hasta ese entonces.

A partir de ahora no es más la resistencia lo que determina la repetición, en tanto impedía el retorno de lo reprimido, tal como se planteaba en 1914. Tampoco se trata de una discusión basada en el binomio placer-displacer ya que esto también se muestra insuficiente para explicar las repeticiones en la vida de un sujeto. Si la repetición tuviera como objetivo rescatar una vivencia de satisfacción primordial, por ejemplo, ¿por qué se repiten experiencias tan penosas?

Hasta ese momento Freud se manejaba con ciertos presupuestos. A saber: la idea de que los procesos psíquicos eran regulados por el principio de placer. Esto quiere decir que a partir de una tensión displacentera se pone en marcha esa tendencia que se orienta a disminuirla, lo que coincide con “evitación de displacer o una producción de placer” (p.7). No se trata de una búsqueda de gratificación o de placer en términos hedonistas, sino que se refiere a la tendencia a un estado de homeostasis.

Vale aclarar que en este contexto, displacer y placer son entendidos como cantidad de excitación libre en el psiquismo y no ligada de ningún modo. De esta forma, la sensación de displacer representa un aumento de la cantidad de excitación y placer a una reducción de ella.

La creencia del principio de placer como regulador de los procesos psíquicos halla su fundamento en la supuesta tendencia del psiquismo de mantener “lo más baja posible, o al menos constante la cantidad de excitación presente en él” (p.8-9).

Pero la observación de algunos fenómenos pone en jaque la teoría de que el principio de placer sería el rector del funcionamiento psíquico, cuestión que Freud enuncia de la siguiente manera:

Es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos

tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta enérgicamente esta conclusión (...) en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer (p.9).

Lo que constata es que el principio de placer a pesar de seguir operando, ya que representa una función vital para el equilibrio de la organización psíquica, es limitado en sus funciones.

¿Cuáles serían, entonces, las circunstancias capaces de obstaculizar la primacía del principio de placer en el psiquismo?

### **2.3.1. Limitaciones al principio de placer**

Inicialmente Freud identifica algunos procesos psíquicos que obstaculizan el principio de placer, como el principio de realidad, que opera postergando la ganancia de placer inmediata y tolera el displacer, aspirando a una ganancia de placer final adaptada a la realidad; o la represión, que defiende al Yo de mociones pulsionales incompatibles con las exigencias culturales. Pero estos procesos no introducen un verdadero “más allá” del principio de placer. Más bien se encuentran a servicio de este, ya que el displacer en verdad es resultado del conflicto psíquico (placer para un sistema, displacer para el otro) y no un displacer oriundo de la experiencia en sí misma.

Así, en sus nuevos descubrimientos, sugiere la existencia de “tendencias que serían más originarias que el principio de placer e independientes de él” (Freud, 1920, p.17) que no sólo circunscriben su acción sino que, en muchos casos, lo contradicen verdaderamente.

Para demostrar sus hipótesis, Freud recurre nuevamente a sus observaciones de experiencias de la clínica y de la vida cotidiana, y desarrolla algunas situaciones que se le presentan como un verdadero enigma.

La primera de ellas es el papel del sueño en las “neurosis traumáticas” (p.13), que sobrevienen luego de algún evento que excede la capacidad de tramitación del psiquismo. Freud observa que en este tipo de sueños el sujeto retorna una y otra vez al momento del trauma, reviviendo escenas que despiertan terror y angustia, evidenciando así una fijación del psiquismo a la escena traumática. Eso refuta la tesis sostenida hasta ese entonces de que el sueño tendría la función de “cumplimiento de deseos” o de preservar el descanso, ya que lo que se pone en juego es la repetición compulsiva de escenas puramente displacenteras.

La segunda situación el juego infantil: el paradigmático juego del *Fort-Da*. Durante varias semanas, Freud observa detenidamente el juego repetitivo de un niño de un año y medio, que consistía en hacer que sus juguetes “se iban”. Los arrojaba lejos de sí profiriendo con satisfacción un largo “o-o-o”, que corresponde a la palabra alemana *Fort* (se fue). En determinado momento el juego consistió en arrojar un carretel atado a una cuerda, pero en esa oportunidad tuvo dos actos: en el primero arrojaba el juguete profiriendo su largo “o-o-o”, como de costumbre, aún sosteniendo la cuerda; en el segundo, tiraba del piolín y lo hacía reaparecer, ahora acompañado de la expresión de júbilo *Da*(acá está). Viendo que el niño “admite sin protestas” (p.15) la partida de la madre, Freud interpreta el juego de la siguiente manera: su hipótesis es que en esta experiencia el niño reproduce simbólicamente la partida y la llegada de su madre, saliendo del rol pasivo de la situación inicial, a ser sujeto activo. Transformando a su madre, simbólicamente, en el objeto de juego el niño pasa a tener control sobre ella, así su madre puede volver cuando él quiere.

Pero hay algo más. Freud nota que el niño repetía, la mayoría de las veces, únicamente la primera escena, que simboliza la partida de la madre, a pesar del displacer inherente que conlleva esa experiencia. Concluye entonces que la repetición de la experiencia displacentera en el juego tiene como objetivo “dominar” psíquicamente “la impresión intensa”, y cada nueva repetición parece perfeccionar ese dominio buscado (p.35). Esto lleva a Freud a preguntarse por una función que actúa de manera más “primaria e independiente del principio de placer (p. 16)”.

Otro fenómeno fundamental del cual se sirve para situar sus conjeturas es la forma como lo reprimido continua actuando a través de la repetición en la transferencia. Sabemos que esto no es ninguna novedad. Los ensayos anteriores que hemos recorrido traían de alguna manera la idea ahora recuperada en el presente ensayo: en vez de recordar el pasado reprimido, el sujeto lo repite en acto en el presente, sea en su vida cotidiana o en la relación transferencial con el analista. En las teorizaciones anteriores, sin embargo, lo que estaba en juego era el conflicto psíquico, es decir, el displacer que siente el Yo por el retorno de lo reprimido es placer para el inconsciente. En cambio ahora, su planteo es que “la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel entonces pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces” (Freud, 1920, p.20).

Las situaciones dolorosas que el paciente repite en la actualidad en su vida corresponderían a fragmentos de su pasado reprimido: parte de su vida sexual infantil y lo que deriva de ella. Como ejemplo de eso, menciona: el “sentimiento de inferioridad” actual es una

secuela del sentimiento de la pérdida de amor de los padres cuando el niño se confronta con los la imposición de límites por parte de sus figuras parentales; la sensación de “no lograr nada” o que “nada sale bien” derivan del encuentro con los límites de la investigación sexual infantil; del nacimiento de un hermanito derivan los celos que comprueba la infidelidad del amado/a; la decepción con el amado/amada sería fruto de la decepción con el amor depositado en alguna figura parental, etc. (pp. 20-21). Esas repeticiones también se dan en la relación transferencial con el analista, es el caso de la reacción terapéutica negativa, cuando el paciente se resiste al tratamiento y se afana por interrumpirlo justamente cuando el análisis está progresando y se esperaba una mejoría de la sintomatología; o cuando procuran el desdén del analista o que este le dirija palabras severas; también cuando hallan objetos para sus celos (otros pacientes, por ejemplo), etc. Todas esas compulsiones de repetición resultan de la acción de pulsiones que buscaban satisfacción pero ya en aquel momento eso no se produjo, sino que produjeron displacer. A pesar de todo se repiten esas experiencias “una compulsión esfuerza a ello” (p. 21)

El último fenómeno al cual hace referencia es la “compulsión de destino”, observable en la vida de personas no neuróticas (p.22). Estas parecen ser “perseguidas” por un mismo destino aciago, marcado por toda suerte de infortunios, y todas sus relaciones tienen un desenlace idéntico: son traicionadas, experimentan la ingratitud de todo aquel a quien se dispone a ayudar, entre toda suerte de desdicha. La repetición los hace tropezar una y otra vez con la misma piedra. En ese sentido, Freud nos llama la atención al carácter impositivo de la compulsión de repetición en la vida de las personas, que se manifiesta como un “eterno retorno de lo igual” (p.22). Esto le resulta más sorprendente aún en casos como la mujer que se casó tres veces, en cada uno de esos casamientos el marido enfermaba, y luego ella tenía que cuidarlo en su lecho de muerte (p.21). También en la literatura encuentra referencias a esto en el destino repetido del héroe Tancredo, del poema épico *Jerusalén Liberada* de Torquato Tasso. Este mata dos veces a su amada Clorinda, primero en cuerpo y después en alma, repitiendo el mismo destino infausto. En todos estos casos se presenta algo que parece estar más allá de cualquier voluntad del sujeto, como si vivieran pasivamente el peso de un destino “demoníaco” (p.21) que recae sobre ellos, de forma totalmente azarosa.

Todo estos fenómenos, la escena repetitiva del juego del niño, el retorno incesante del trauma en las neurosis traumáticas, las repeticiones en la relación transferencial, o la tan “inquietante porque familiar extrañeza (*das Unheimliche*) de algunas situaciones repetitivas de la vida cotidiana” (Chemama, 1998, p.385) llevan a Freud a plantear la hipótesis de que existe una compulsión de repetición que está “más allá del principio de placer” y que es, a su vez, “más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona”

(Freud, 1920, p. 23). ¿A qué responde la tendencia de repetir compulsivamente aquello que provoca displacer? ¿En qué condiciones esto ocurre?

Partiendo de la premisa de que la compulsión de repetición está estrechamente vinculada a las pulsiones, su teorización girará en torno a entender su relación con estas y el principio de placer. Para ello, realiza una revisión de la literatura biológica de la época y emprende un arduo trabajo reflexivo en el cual intenta fundamentar sus hallazgos clínicos con las teorías de ese campo del saber.

### **2.3.2. Repetición y trauma**

En el intento de explicar sobre qué función le corresponde a esta compulsión de repetición, bajo qué condiciones aflora y su relación con el principio de placer, Freud echa mano de un extenso proceso especulativo en el cual presenta la teoría del trauma como principal hipótesis explicativa.

Para dar cuenta de sus planteos comienza con algunas precisiones respecto a lo que denomina sistema “percepción-consciencia (P-Cc)”. Este se encuentra en la frontera entre el mundo exterior e interior, y capta las excitaciones provenientes del mundo exterior (las percepciones), y del interior (las sensaciones de placer y displacer). Por su contacto con el mundo exterior, este sistema cuenta con una especie de “envoltorio especial o membrana” que funciona como una “protección antiestímulo” (Freud, 1920, p.27) para proteger al psiquismo de las cantidades excesivas de energía que provienen del mundo exterior.

Si un monto de excitación oriunda del medio externo es capaz de romper la protección antiestímulos desbordando al psiquismo, esto tendrá un efecto traumático. Este exceso de excitación que el psiquismo no logra tramitar y permanece como excitación no ligada a una representación, tendrá como efecto una gran “perturbación de la economía psíquica (*Betrieb*)”, el principio de placer queda en suspenso (con lo cual se genera displacer) y se pondrán en marcha procesos de “contrainvestidura” (p.29).

De esta manera, los afectos relacionados a la escena traumática que permanecen inasimilables para el sujeto insistirán en repetirse con la fuerza de una compulsión a fin de dominar el flujo pulsional, ligar psíquicamente el estímulo y luego proceder a su tramitación, como un intento muchas veces en vano de eliminar la tensión.

Ese modelo explicativo le permite pensar sobre el papel de los sueños, los cuales, como dijimos antes, no están orientados necesariamente al cumplimiento de un deseo. La repetición compulsiva de la escena que dio origen al trauma, a través de los sueños, representa más bien un intento del psiquismo de “recuperar el dominio (*Bewältigung*) sobre el estímulo” (p.31). De

esa forma, tanto en los sueños que se producen en la neurosis traumática, como los sueños que se presentan en análisis y que remiten a los traumas psíquicos de la infancia, o incluso fuera del análisis, revelarían que eso que no pudo ser tramitado insiste y retorna “en interés de la ligazón psíquica”, obedeciendo a la compulsión de repetición (p.32).

Siguiendo esa misma línea argumentativa sobre los efectos del trauma en el psiquismo, Freud se pregunta por los efectos de los estímulos internos, ya que el sistema cortical receptor de estímulos no tiene una protección antiestímulos para excitaciones provenientes del interior. Esas excitaciones internas provienen de las pulsiones, concepto formulado para intentar delimitar la presión constante que el cuerpo ejerce en lo psíquico (Freud, 1915, pp. 114-115).

Las pulsiones son definidas aquí como “representantes (*Repräsentant*) de las fuerzas que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico”. Respecto a la energía pulsional hace algunas precisiones: estas son inconscientes y responden al proceso psíquico primario, es decir, la energía fluye libremente, sin ligarse y busca descargarse. La tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería, entonces, ligar esa excitación proveniente de las pulsiones, y prepararla para su tramitación a través del proceso secundario, para así restablecer el imperio del principio de placer. Si esa excitación pulsional permanece en estado libremente móvil, ejerciendo una presión a la descarga, pero sin formar un compromiso con otros sistemas a través de la ligazón psíquica, el aparato psíquico puede sufrir una perturbación equiparable al trauma (Freud, 1920, pp.34-35).

Así, la repetición compulsiva de las impresiones traumáticas en general respondería a una función “más originaria” o primitiva que el principio de placer (es decir, la búsqueda por producir placer o evitar el displacer). Freud señala que la función de “ligazón” psíquica busca dominar o ligar la excitación, como acto introductorio para restablecer el imperio del principio de placer –y de su modificación en el principio de realidad– actuando independiente de este, pero evidentemente sin oponerse a él (Freud, 1920, p.31).

Desde este punto de vista podría decirse que, tanto en los sueños como en el juego infantil, así como en la experiencia analítica, la compulsión a repetir determinada por la función de ligazón psíquica, adquiere un carácter reconstitutivo y restaurador del equilibrio psíquico, ya que, a pesar de repetir experiencias de displacer o sufrimiento, en definitiva favorece las operaciones que permiten dominar la excitación no ligada, ya sea para lograr la descarga placentera bajo el imperio del principio de placer o, tal como plantea David-Ménard (2015), “luchar penosamente contra la desligadura máxima llamada muerte” (p. 101).

Con lo expuesto hasta aquí, podríamos decir que la compulsión de repetición parece no presentarse necesariamente como una oposición al principio de placer o incluso más allá de

este. Incluso podríamos pensar que en muchos casos actúan de manera solidaria. Ampliemos un poco más la cuestión.

### **2.3.3. El nuevo dualismo pulsional: la repetición como expresión de la pulsión de muerte**

La hipótesis de un aparato psíquico vulnerable, incapaz de asimilar todo el flujo de excitación, y la idea de una actividad de ligazón que actúa independientemente de la producción de placer, sin contradecirlo, llevan a Freud (1920) a preguntarse por un principio de funcionamiento más originario, que se puede visualizar, por ejemplo, en la compulsión de repetición expresada en las actividades de la vida anímica infantil o en la experiencia de la cura psicoanalítica. Ambas presentarían “un alto grado de carácter pulsional” (p.35).

Así, se interroga por otra otra faceta de la repetición que halla su fundamento en la tendencia más conservadora de la pulsión, atribuyéndole un carácter “demoníaco” (p.35) por sus efectos destructivos –ya que actuaría en franca oposición al principio de placer– y por su presentación en la vida del sujeto, dando la impresión de que hay un orden que predetermina el rumbo de su vida y que le es ajeno, “como si viniera de afuera” (Soler, 2004, p. 27). Es decir, ese rasgo demoníaco se manifiesta en circunstancias aparentemente accidentales pero que, a fin de cuentas, son un indicio de que hay un “destino” que parece siempre acechar.

La idea de vincular la repetición a lo demoníaco no es un hecho nuevo, como vimos en *Lo ominoso* (Freud, 1919, p. 238). Para Peter Gay (1996) el calificativo “demoníaco” devela la estrategia de Freud de asociar la compulsión de repetición a una actividad mental “sumamente primitiva que presentaba un carácter instintual en alto grado” (p. 449), específicamente por su vinculación con a la pulsión de muerte, como veremos a continuación.

Aunque la idea de un dualismo pulsional ya estaba presente en el edificio teórico del psicoanálisis, en *Más allá del principio de placer* (1920), sus postulados pasan por una reformulación, en la cual Freud introduce el controversial concepto de pulsión de muerte. Así, intentará demostrar que la compulsión de repetición es expresión del carácter “demoníaco” de esta, y funciona en oposición directa al principio de placer.

Para Freud, la pulsión de muerte debe ser entendida desde el comienzo en su relación con las pulsiones de vida, “de lo contrario, la estructura del dualismo se vería comprometida” (p. 55). Tomando como base la vida de los protistas, comienza un extenso proceso especulativo en el cual plantea que en un principio todas las pulsiones serían de muerte. La tensión inicial que surgió en el ser inanimado dándole vida, luego pugnó por neutralizarse a sí

misma y desnivelarse: “así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado”. Sin embargo, debido a “influjos externos”, la sustancia viva pasa a desviarse de su destino original de regresar a lo inanimado y empieza a dar rodeos cada vez más complejos y originales —a lo que se le puede atribuir el fenómeno de la vida—, antes de alcanzar la meta de la muerte. Las pulsiones de vida serían entonces una construcción posterior, ya que “lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo” (Freud, 1920, p.38).

Si la meta de toda vida es la muerte, las pulsiones en su carácter más radical expresarían la tendencia de la vida orgánica “de reproducción de un estado anterior”, (Freud, 1920, p.36). Esa aseveración, en los terminos que ha sido planteada, ha suscitado diferentes interpretaciones. Aunque no es nuestra intención profundizar en este punto, Gutiérrez-Terrazas (2002), por ejemplo, rechaza una interpretación biologizante respecto a la pulsión de muerte y propone resituirla en el plano de lo psíquico, más allá de que en los hechos Freud se haya apoyado en la literatura biológica. Para él, no se trataría de la muerte del organismo, mas si de la muerte psíquica del Yo, por su fragmentación o desligadura. Sería una suerte de retorno al “estado anterior” de ciertas estructuras del psiquismo.

Freud (1920) hace algunas precisiones respecto a las características de las pulsiones y define que todas tendrían un carácter conservador, “en cuanto espejan estados anteriores de la sustancia viva” (p. 40), lo que suena un poco ambiguo; pero este aspecto se presenta de manera diferente en cada caso. Existe por un lado un grupo de pulsiones a las cuales denomina pulsiones de vida (pulsiones sexuales), que son conservadoras en el sentido de mantenimiento de la vida. Animadas por Eros, estas se esfuerzan en el sentido de la “creación y del progreso” (p.37), tienden a la unión de todo lo viviente, conservando la vida por lapsos más largos de tiempo hasta su meta final, la muerte.

Por otro lado tenemos las pulsiones de muerte, que tienen un carácter sumamente regresivo y se precipitan a llegar a la meta final de la vida lo más rápido posible. Tienden a la disgregación del organismo y son conservadoras en tanto se esfuerzan a retornar a un estado anterior (lo inanimado), que corresponde a su vez a un estado de cero excitación. La pulsión de muerte y su carácter regresivo quedaría fundamentada “en los hechos observados de la compulsión de repetición” (p.57). En otras palabras, en esta perspectiva la justificativa orgánica para la compulsión a repetir se apoyaría en la naturaleza regresiva de la pulsión de muerte.

Desde el punto de vista del psiquismo la pulsión de muerte consistiría en una fuerza poderosa, un exceso de excitación dispersa con tendencia a la destructividad y a la desligadura, efecto del trauma. Esta amenaza la estabilidad del aparato psíquico por su acción desorganizadora y disgregadora, que se orienta a recuperar un estado de cero tensión.

De esta manera la compulsión de repetición puede ser entendida como expresión de la pulsión de muerte en tanto opera como una regresión hacia un estado anterior que no es necesariamente placentero, sino una forma de eliminar la tensión psíquica mediante la repetición de lo no elaborado.

Lo no ligado insistirá en repetirse con toda la furia de la pulsión, con efectos devastadores según su modalidad de presentación en la vida del sujeto. Soler (2004, p. 28) hace una interesante acotación al respecto: se trataría entonces de un automatismo de repetición, “es repetir, como un infinitivo”, repitiendo tanto el sufrimiento como el placer, sin poder establecer exactamente a qué apunta esa repetición.

#### **2.3.4. La repetición y el principio de placer**

Decíamos al inicio de este apartado que el principio de placer respondía a la tendencia del psiquismo de mantener la cantidad de excitación lo más baja posible, o al menos constante.

Pero Freud (1920) ahora va más allá de esa concepción inicial y para ampliar su planteo utiliza como referencia explicativa el “principio de Nirvana” (p.54), término utilizado por Barbara Low, en el cual sostiene que la tendencia dominante de la vida anímica –y probablemente de la vida nerviosa en general– es “rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna del estímulo”. Freud entiende que esta tendencia tiene como expresión el principio de placer y constituye uno de los más fuertes motivos para creer en la existencia de la pulsión de muerte.

Rebajar, mantener constante y, ahora, suprimir. Es evidente la disparidad y las diferentes implicaciones de cada uno de estos términos para nuestro entendimiento de la temática. Esto arroja luz sobre la intrincada relación entre la compulsión de repetición, la pulsión de muerte y su relación paradójica con el principio de placer.

Alenka Zupančič (2017) señala algunas ambigüedades en la argumentación freudiana respecto al principio de placer. Si este tiene como objetivo el alivio de la tensión para lograr un estado homeostático del psiquismo, ¿qué diferencia tendría el principio de placer con la extinción de la excitación que se lograría a través del retorno a lo inanimado? (p.98). Más aún: ¿sería la pulsión de muerte otro nombre para el principio de placer?

En esta misma línea de pensamiento, Luiz Roberto Monzani (2014) plantea que el principio de placer puede ser pensado tanto como “guardaespaldas de la vida” como “lacayo de la muerte” (p. 191). Por un lado reconduce el aparato anímico a su “estado ideal de funcionamiento”, en tanto se orienta a “rebajar” o “mantener constante” la excitación interna. Operaría así como “guardián de la vida”, que animado por Eros (pulsión de vida), controla y descarga fraccionadamente las tensiones excesivas actuando como protector del equilibrio

psíquico. Como ejemplo de esto, recordemos el proceso de ligazón psíquica, definido por Freud como “una de las funciones más tempranas e importantes del aparato anímico” (Freud, 1920, p.60) que permite que las mociones pulsionales que llegan al psiquismo dominadas por el proceso primario, sean ligadas a través del proceso secundario para que luego sea introducido el dominio del principio de placer.

En cambio, si en la definición de principio de placer se enfatiza la idea de “suprimir” la excitación, ese mismo principio que garantiza la vida y el equilibrio psíquico hace “que el placer supremo sea idéntico a alcanzar una reducción a cero, es decir, a la muerte, al aniquilamiento total de la vida” (Monzani, 2014, p. 191). El principio de placer así definido participaría de la “aspiración más universal de todo lo vivo de volver al reposo del mundo inorgánico” (Freud, 1920, p. 60).

Esta paradoja en torno al principio de placer culmina con la afirmación de Freud que, después de todo, puntualiza que el principio de placer funcionaría como una tendencia que está “al servicio de las pulsiones de muerte” (Freud, 1920, pp. 60-61). Dicho esto, nos preguntamos: ¿cómo es posible, entonces, que la compulsión de repetición esté más allá del principio de placer?

### **2.3.5. ¿Más allá o más acá?**

Es innegable que la propuesta de Freud respecto a la repetición es disruptiva, pero también ha suscitado una serie de controversias. También es cierto que comenzamos este apartado suscribiendo en gran medida la premisa de la repetición como un “más allá” del principio de placer como nos sugiere el título, y nos dejamos llevar por ella, inspiradas en la misma “curiosidad científica” (p.57) que lo animó a escribir este ensayo. Sin embargo, la reconstrucción del argumento freudiano acerca de la compulsión de repetición, la pulsión de muerte y su relación con el principio de placer, a la vez que nos permitió dar un paso más en el entendimiento de la problemática a través de la riqueza de su teorización, también develó algunos claroscuros de su propuesta.

Si bien la compulsión de repetición de lo doloroso o displacentero se presenta como un hecho unánime e incuestionable de la experiencia analítica, si nos atenemos a la propuesta de asociar la compulsión de repetición a la pulsión de muerte, leitmotiv de este texto, debemos admitir que esta asociación no queda del todo esclarecida. Para Soler (2004, p. 16) el vínculo entre la *wiederholungszwang* (compulsión de repetición) y la pulsión de muerte no es evidente por sí mismo y ha generado rechazo en diversos sectores del psicoanálisis. Sus detractores

aceptan la validez de la repetición únicamente, alegando que esta se apoya en datos clínicos más contundentes y más difíciles de refutar que la pulsión de muerte.

¿Ha logrado Freud demostrar consistentemente una relación entre la compulsión de repetición y la pulsión de muerte como un “más allá” del principio de placer? Los límites entre algunos conceptos continúan difusos o incluso se solapan.

Freud se pregunta por la existencia de una fuerza que pone en jaque el principio de placer y lo “destrona”, proponiendo la compulsión de repetición como esa fuerza que actuaría “más allá” de él. Si tenemos en cuenta las ambigüedades antes mencionadas respecto al principio de placer, la función de ligazón y la pulsión de muerte, cabe preguntarnos ¿la compulsión de repetición efectivamente pone en cuestión al principio de placer, en los términos que propone Freud, es decir, como un “más allá” de este? Por un lado, decíamos que la repetición puede actuar a favor de la actividad de ligazón psíquica, es un “acto preparatorio que introduce y asegura el imperio del principio de placer” (Freud, 1920, p.60). Por otro, si suscribimos la hipótesis de Freud de que el principio de placer se encuentra directamente al servicio de la pulsión de muerte, por consiguiente, tal como señalan Laplanche & Pontalis (1967): “la compulsión de repetición, incluso tomada en el sentido más radical en que la acepta Freud, no puede quedar situada *más allá del principio de placer*” (p.70). Concluimos así que parecen mantener más bien una intrincada relación.

Siguiendo esa misma línea argumentativa veremos que algunos aspectos permanecen inconclusos y envueltos en un aura de ambigüedades. Si bien Freud parece empeñarse en atribuirle a la repetición un carácter demoníaco, sus determinantes parecen no quedar del todo esclarecidas. ¿A qué responde la repetición en verdad? ¿Respondería a esa función tan antigua del aparato anímico a la que Freud refiere como proceso de ligazón, que se orienta a ligar las excitaciones derivadas del trauma y permite restaurar el equilibrio psíquico? Pensada por ese lado, en tanto se orienta a ligar y favorece la posibilidad de nuevas composiciones y conexiones, podríamos asociarla a una actividad de Eros, pulsión de vida. ¿O, por el contrario, respondería a una tendencia puramente repetitiva sin ninguna finalidad específica, que tiende a romper conexiones, a la desligadura máxima a la destructividad, como expresión de lo “demoníaco” propio de Tánatos, pulsión de muerte?

Lo cierto es que estamos frente a una serie de encrucijadas teóricas. Como vimos hasta aquí, la cuestión de la repetición es compleja y por momentos ambigua. No es nuestra intención tomar partido por ninguna de estas posturas o incluso dar respuestas, sino poner sobre la mesa algunos interrogantes que nos permitan ampliar y enriquecer el debate, para vislumbrar los diferentes alcances de este concepto.

Esto nos conduce a otro cuestionamiento que creemos oportuno levantar. Si nos atenemos al planteo de Freud al pie de la letra, notaremos que la repetición aparece siempre como retorno al pasado (sea en la insistencia de un acontecimiento o contenido del pasado), y en última instancia como una tendencia de retorno a lo inanimado atribuida a la pulsión de muerte. De hecho, hemos visto como el propio Freud ha expresado en esta y otras obras anteriores la idea de una compulsión de repetición como “repetición de lo mismo” (Freud, 1919, p. 234) o “eterno retorno de lo igual” (Freud, 1920, p. 22), por momentos asociada además a la figura de un destino “demoníaco”, que encierra al sujeto en un circuito donde parece estar condenado a una repetición inexorable.

Especialmente en este punto Deleuze (2002) critica la noción de repetición freudiana por considerarla materialista, y rechaza la idea de una “repetición bruta y desnuda”, es decir, una repetición de lo mismo, que siempre remite a un hecho primero que sirve de modelo para las repeticiones que lo suceden (pp.43-44), quedando indefectiblemente condicionada y sometida al pasado.

Así, sea en la insistencia del trauma como intento de elaboración de la experiencia, en las mismas experiencias de sufrimiento que retornan sin cesar, o la tendencia de retornar a un estado de cero tensión, propia de la pulsión de muerte, ¿es posible sostener la idea de una repetición como repetición de “lo mismo” o de “lo igual”? ¿En qué medida la compulsión de repetición es una repetición de “lo mismo” sin finalidad, y en qué medida posibilita la producción de nuevos sentidos? Es necesario dar un paso más.

Lacan le dará un giro interpretativo a este concepto, quitándole esa connotación exclusivamente demoníaca y patológica, remanente de la teorización freudiana, para pensarla también como un fenómeno que condiciona la experiencia humana. Su propuesta nos permitirá ampliar y profundizar algunas cuestiones, retomar ciertos planteos para expandir el horizonte trazado por Freud.

Para ello nos detendremos en dos momentos fundamentales que, a nuestro entender, establecen un contrapunto con las ideas expuestas hasta ahora. La teorización sobre la repetición en la obra de Lacan es vasta y ha sido reformulada a lo largo de toda su enseñanza, por lo que requeriría un desarrollo aparte.

### Capítulo 3 - A propósito de Sísifo (interludio)

*En el medio del camino había una piedra*

*había una piedra en el medio del camino*

*había una piedra*

*en el medio del camino había una piedra.*

*Nunca me olvidaré de ese acontecimiento*

*en la vida de mis retinas tan fatigadas.*

*Nunca me olvidaré que en el medio del camino*

*había una piedra*

*había una piedra en el medio del camino*

*en el medio del camino había una piedra.*

*—Carlos Drummond de Andrade—*

No puedo dejar de pensar en Sísifo. En la cadencia de esos versos escucho sus pasos, —también los míos, los nuestros—, sus pies que se arrastran mientras repite eternamente la tarea a la que fue condenado.

En la mitología griega, la historia de Sísifo tiene muchas versiones diferentes, y si bien no hay consensos sobre el motivo de su condena, al menos lo hay respecto a su castigo. Sus hazañas y artimañas provocaron la ira de los dioses que lo condenaron a subir una pesada roca cuesta arriba, hasta la cima de una montaña, pero nos cuenta Homero (2009) que poco antes de llegar a la cumbre la piedra cae por su propio peso, y así Sísifo debe recomenzar otra vez.

No paro de pensar en el eterno rodar de la piedra, en su movimiento insistente. La repetición de su tarea me interpela en lo más íntimo.

Podemos pensar a Sísifo con conmiseración. Después de todo, su condición es la de repetir, de forma mecánica e inexorable, una tarea sin sentido impuesta por una lógica ajena a él —la ley de los dioses— que lo determina y lo condena.

Pero me gusta pensarlo a través de Camus. Porque es cierto que la piedra vuelve a caer, una y otra vez, sin tregua, independientemente de su voluntad, y Sísifo ha de volver a

empujarla cuesta arriba cada vez, develando lo imposible de su tarea. También es cierto que la repetición de su esfuerzo siempre tropieza con un límite infranqueable, con algo que es siempre fallido, que no termina nunca de completarse, y por eso retorna, insiste.

Pero cuando se hace consciente de su condición, y ya no se pliega ciegamente a los mandatos de un destino que le es ajeno, y que lo condena a una repetición vacía, automática, en ese preciso instante algo cambia. La roca no desaparece. Sigue allí, grave, impasible, imposible. Sísifo no la niega, no se evade sino que hace de la roca-destino un asunto suyo: *su roca es su casa*, nos dice Camus. O, mejor dicho, su roca es su cosa.

Así, asume su tarea en un acto afirmativo de su condición, y levanta su roca, a veces con dolor, a veces con alegría. Sus retinas, quizás por momentos fatigadas, asisten a ese siempre nuevo acontecimiento. En cada nueva subida, cada nueva caída, la tarea comienza otra vez –ahora de nuevo–, como diría Kierkegaard, y es quizás en esos intervalos donde se abre la posibilidad de que algo nuevo, algo singular, se produzca.

Hay una piedra en su camino, que seguirá rodando, y es por ella –no a pesar de ella– que Sísifo sigue en movimiento. Ha de arreglárselas con su piedra. Hemos de arreglárnosla con nuestra piedra. *En marche!*

## Capítulo 4 - Lo que insiste y lo que irrumpe: variaciones lacanianas sobre la repetición

### 4. 1. Automatismo de repetición y la insistencia del significante

En *Escritos 1* (1966/2009), Lacan publica el ensayo *Seminario sobre “La carta robada”* escrito originalmente en 1956, que deriva de algunas articulaciones propuestas en el seminario dictado un año antes. Su ubicación en la apertura del compilado no es casual, sino que señala la importancia que le atribuye a la función simbólica y al lugar estructurante del significante en ese momento de su enseñanza (Roudinesco, 2000, p. 396).

La relevancia de este texto en relación a la problemática que nos ocupa tiene que ver fundamentalmente con la reformulación epistemológica del concepto de compulsión de repetición, que pasa a inscribirse en el orden simbólico y no en una dinámica puramente pulsional. Esto se hace evidente cuando Lacan (1966/2009) enuncia, ya en el primer párrafo: “nuestra investigación nos ha llevado al punto de reconocer que el automatismo de repetición (*Wiederholungszwang*) toma su principio en lo que hemos llamado la *insistencia* de la cadena significativa” (p. 23). Este enunciado, a pesar de su concisión y aparente claridad, condensa algunos giros teóricos que merecen ser desplegados. Descompongámoslo para explorar sus desdoblamientos.

En primer lugar, cabe aclarar que el inconsciente, tal como lo concibe Lacan, no es un reservorio de representaciones reprimidas, como en la concepción freudiana más clásica, sino que aquí lo define como “discurso del Otro” (Lacan, 1966/2009, p. 27). Esto implica que el inconsciente no se sitúa dentro del sujeto como un “interior psíquico”, sino que está estructurado por el lenguaje que lo precede, lo funda y proviene del Otro. El Otro puede entenderse como estructura simbólica en la cual el sujeto está inmerso y que lo determina, y desde dónde provienen los significantes, símbolos, las normas y pactos implícitos que circulan y rigen las relaciones humanas.

En este punto, es importante precisar que cuando hablamos de significante en este momento de la obra de Lacan nos referimos a un elemento que no tiene un sentido inherente preestablecido, no remite a un significado fijo. Más bien “se define por su diferencia con respecto a otro significante” (Soler, 2004, p. 47). Es decir, sólo adquiere sentido por su posición dentro de una cadena o red, en relación a otros significantes. La cadena significativa refiere entonces justamente a ese modo en que los significantes se enlazan y se articulan entre sí

dentro de la estructura del lenguaje y determinan al sujeto. Hecha esta precisión inicial, que contextualiza brevemente el sentido que tiene la idea de la cadena significativa en su teoría, pasemos al siguiente punto que nos permitirá entender mejor la lógica que fundamenta el enunciado disparador de nuestro problema.

No podemos pasar por alto el hecho de que la palabra *insistencia* esté en itálica en el texto original. De hecho, Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe (1991) proponen un paralelismo entre insistencia e instancia. Esta última, en su sentido original, está asociada a la “autoridad judicial”, al “poder de decisión” y a la legalidad. En ese sentido, “la instancia de la letra” hace referencia a la “autoridad de la letra” y a su lugar dominante en el inconsciente, en el cual “rige y legisla”. Pero también consideran la posibilidad de un *Witz* (como una especie de juego de palabras), ya que “instancia es, de hecho, casi insistencia y, además, en su primer sentido, insistir es hacer instancia, perseverar en pedir” (p. 32)<sup>1</sup>. Hablar de insistencia, por lo tanto, refiere a la dimensión coercitiva y determinante del significativo, en tanto instancia que se impone de manera automática y que se repite como una ley para el sujeto.

La lectura que hace Lacan del cuento de Edgar Allan Poe, *La carta robada*, es una buena metáfora para entender lo que intenta mostrarnos. Para Lacan (1966/2009) hay dos escenas centrales en el cuento (p. 24) que se despliegan de manera resumida, de la siguiente forma: en la primera escena –una suerte de “escena primitiva”– se produce el robo inicial de la carta. En el tocador real se encuentran la reina, el ministro y el rey. La reina recibe una carta que el ministro roba y sustituye por otra. La reina ve la acción del ministro, pero no puede hacer nada, ya que todo indica que el contenido de la carta la comprometería ante el rey, y podría llamar la atención de este, que no sabe nada sobre dicha carta. Así, la carta comienza a circular, movilizando diferentes situaciones problemáticas en función de su supuesto contenido, aunque el lector nunca llega a saber qué dice.

La segunda escena, que repite la estructura de la primera, tiene lugar en la residencia del ministro. La policía es convocada y revisa la casa del ministro en profundidad, suponiendo que un objeto de tanto valor como ese habría sido cuidadosamente oculto por quien lo posee, pero no logra encontrarla. Entra entonces en escena el detective Dupin, quien comprende la lógica del ministro y descubre que la carta había sido escondida “a la vista de todos”, colocada en un portacartas como si fuera un papel sin valor. Dupin la sustrae sin que el ministro lo advierta, y la reemplaza por una copia falsa, para luego entregarla a la policía (Lacan, 1955, pp. 292-293; Lacan, 1956, pp. 25-26).

---

<sup>1</sup> El *witz* señalado por los autores resulta más evidente en francés, dada la mayor similitud fonética y gráfica entre las palabras *insistance* e *instance*.

Lo que parece querer evidenciar en su lectura no es tanto la repetición de la acción en sí misma, sino analizar el automatismo de repetición que actúa en el relato (en el sentido de una compulsión de repetición en términos freudianos). En esa línea, Soler (2004) afirma que “el automatismo de repetición consiste en que la letra prima sobre el ser; lo cual quiere decir que estar sujeto a la letra es estar poseído por ella, modificado por ella en las disposiciones más ‘naturales’ ” (p.44).

Algunas aclaraciones necesarias antes de seguir respecto al doble sentido de algunas palabras cruciales en este texto: carta es *lettre* en francés, que a la vez también significa letra. A su vez, parece haber una homologación entre letra y significante a lo largo de este texto (Roudinesco, 2000, p. 396; Soler, 2004, pp. 39-47). ¿Qué queremos decir entonces? Lo que Lacan intenta mostrarnos es cómo los sujetos se transforman, cómo son determinados por la incidencia –y la insistencia– de la carta-letra-significante.

En ese sentido, Lacan (1966/2009) sostiene que el desplazamiento de la carta como “puro significante es lo que lo confirma como automatismo de repetición” (p. 28). No son los personajes los que conducen las escenas según su voluntad, sino que es la “incidencia de significante” de la carta lo que los hace actuar (Lacan, 1966/2009, p.40). Una vez que se apoderan de la carta, quedan “atrapados” en su lógica: en una estructura simbólica que trasciende sus particularidades individuales, donde la posición subjetiva se determina por la relación con la carta.

Todo eso sucede sin que el contenido de la carta sea jamás revelado. Esto no es casual, sino que tiene que ver con su carácter de “puro significante” (Lacan, 1966/2009, p.28): es decir, que no tiene un sentido inherente y fijo, sino que depende de su posición en la cadena significativa, de la combinatoria entre quien se apodera de ella con la posición que ocupa en el entramado de las relaciones. A modo de ejemplo: puede ser una carta de un amor paralelo que debe ser escondida, cuando en manos de la reina; pero esa misma carta de amor, en manos del ministro es una prueba.

La circulación de la carta produce transformaciones en las escenas: va determinando posiciones que serán soportadas por diferentes sujetos, encarnados por los diferentes personajes en cada momento. Por ejemplo: en un primer tiempo una posición de una mirada que no ve nada, ocupada inicialmente por el rey y luego por la policía. En un segundo tiempo, nos señala la posición de una mirada que ve que los otros no ven, pero se engañan considerando que está encubierto lo que ocultan; la reina y, posteriormente, el ministro, ocupan esa posición. Finalmente, nos habla de una posición marcada por una mirada que percibe las

dos anteriores y ve que dejan al descubierto lo que debería esconderse para quien quiera apoderarse de ello; el ministro y luego Dupin ocupan esa posición (Lacan, 1966/2009, p.27).

Así, lo que se pone en juego en este relato no es el contenido de la carta, sino la lógica misma del significante. La carta-letra-significante establece relaciones y determina las posiciones subjetivas, que no son fijas, sino que se van modificando según el movimiento de la carta. Tal como ya señalaba Lacan en el Seminario 2 (1955/2008), “la carta es su inconsciente (...) en cada momento del circuito simbólico cada uno se convierte en otro hombre” (p. 295). Es decir, el significante circula, se repite, y en su trayectoria reconfigura el campo del sujeto y le va asignando lugares.

Entonces ¿cómo pensar la repetición?

Por lo expuesto hasta aquí, la repetición deja de concebirse en términos psicológicos, energéticos o biológicos. La repetición de la que hablamos ahora es de orden simbólico, efecto del lenguaje que nos estructura en tanto sujetos, y que “muestra en ella que el orden del símbolo no puede ya concebirse como constituido por el hombre sino como constituyéndolo” (Lacan, 1966/2009, p. 55).

Soler (2004) indica que la estructura del inconsciente es entendida aquí como red de signos, como cadena significativa. En ese sentido, Lacan la homologa con la repetición (p. 72). El automatismo de repetición se presenta como el funcionamiento mismo de la cadena significativa inconsciente: un retorno incesante y automático del significante, propio de la estructura del lenguaje. Lacan (1966/2009) incluso lo compara con el funcionamiento de una máquina: “el significante no se mantiene sino en un desplazamiento comparable al de nuestras bandas de anuncios luminosos o de las memorias rotativas de nuestras máquinas-de-pensar-como-los-hombres” (p. 40).

En su desplazamiento e insistencia, se le impone como ley, determinándolo en lo más íntimo: “en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras, en sus éxitos y en su suerte” (Lacan, 1966/2009, p. 40).

A la luz de estos nuevos planteos teóricos, parece pertinente retomar algunas cuestiones que levantamos en el apartado anterior. Recordemos que en Freud encontramos una lectura de la compulsión de repetición planteada en términos de retorno al pasado o tendencia del organismo a volver al estado inanimado, de cero tensión; o aún como “retorno de lo mismo” o “retorno de lo igual”. Respecto a eso, Lacan es categórico: “nada que ver con el eterno retorno” (Lacan, 1966/2009, p. 350).

Desde esta perspectiva, la repetición no puede ser pensada como un retorno del pasado, ya sean contenidos psíquicos o vivencias. Más bien se trataría de la insistencia, de la

actualización en el presente de los efectos del significante que estructuran y determinan al sujeto en el inconsciente. Como bien nos indica Soler (2004), “el automatismo de repetición no es el retorno del pasado sino, al contrario, la actualización en presente de los efectos causales del significante, una presentificación de la eficiencia intemporal del significante” (p. 47).

En suma, pensada de esta forma, la repetición va perdiendo su carácter demoníaco y pasa a ser, antes que nada, para bien o para mal, un hecho de estructura: una condición que determina lo humano y de la cual no podemos eludirnos en tanto sujetos.

Ahora bien, que el retorno de los signos sea inexorable y se le imponga al sujeto como una ley, de manera automática, nos lleva a interrogarnos sobre la posibilidad de cierto determinismo subyacente. ¿Cómo trastocar la imposición automática del significante? ¿Cómo pensar, desde esta lógica, la posibilidad de producción de nuevos sentidos?

#### **4. 2. De un encuentro con lo real: *tyche* y *automaton***

Hasta el presente momento veníamos pensando en la repetición enmarcada en el orden simbólico y que respondía a la insistencia de la cadena significativa. Sin embargo, al final del *Seminario 10*, Lacan anuncia la siguiente interrogante: “la función de repetición, ¿es solamente automática y ligada de alguna manera al retorno, al acarreo necesario en la batería del significante, o bien tiene otra dimensión que me parece inevitable encontrar en nuestra experiencia?” (Lacan, 1963/2006, p. 271).

Esta pregunta prenuncia el giro teórico que será formalizado en el *Seminario 11*, dictado en 1964. Aquí la repetición adquiere, estrictamente hablando, el estatuto de concepto fundamental de la teoría y práctica psicoanalítica, diferenciado de los conceptos de inconsciente, pulsión y transferencia, y pasa por una reformulación teórica. Lacan va directo al punto ya en las primeras páginas: “la repetición, entonces, no ha de confundirse con el retorno de los signos, ni tampoco con la reproducción o la modulación por la conducta de una especie de rememoración actuada” (Lacan, 1964/2010, p.62). Es decir, hablar de automatismo de repetición ya no es suficiente para dar cuenta de esta problemática.

Para explicarlo, retoma dos términos del pensamiento de Aristóteles acerca de las causas accidentales y pensará la repetición en dos vertientes: *tyche* y *automaton*, dos formas del azar en las cuales la repetición se expresa.

El *automaton*, según Paul-Laurent Assoun (2004), “es la modalidad del azar en la cual la acción se produce mecánicamente” (p.93), es decir, sin una intencionalidad asociada, como

un circuito que funciona automáticamente, de forma maquínica. Corresponde a la repetición de orden estructural como despliegue automático de la cadena significante en el inconsciente, es decir el “retorno, el regreso, la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer” (Lacan, 1964, p. 62).

En cambio la *tyche* es la modalidad del azar “por la que la acción alcanza una finalidad distinta de la prevista” (Assoun, 2004, p. 93). En este sentido, repetición en calidad de *tyche*, designa la dimensión de la contingencia, del acontecimiento inesperado, de lo que no se puede prever ni simbolizar, es el azar en su sentido puro, que Lacan (seminario 11, 1964) define como “encuentro con lo real” y que está situado más allá del principio de placer (p.62).

Algo de eso se produce, por ejemplo, cuando un sujeto se ve impedido de ir a la sesión porque irrumpió algo, “tropezó” con algo que le impidió realizar su voluntad de ir a la sesión.

Ahora bien, ¿qué entendemos por “lo real” en Lacan? Para poder comprender mejor este punto, hagamos una breve precisión sobre este concepto. Según Chemama (2004), lo real es aquello que ha sido expulsado del campo de la realidad por la acción de lo simbólico, pero que retorna a ella como puro acontecimiento, que no puede ser simbolizado completamente por la palabra e integrado al orden simbólico (p.372).

Lacan (1964) nos recuerda que en el psicoanálisis el encuentro con lo real se presenta bajo una forma específica, en lo que tiene de “inasimilable”: la forma del trauma (p. 63). El trauma es el encuentro accidental, imprevisible con algo que irrumpe y desborda la capacidad de simbolización de un sujeto, y en ese sentido afirma que el encuentro con lo real en tanto trauma es “fallido”, porque hay algo que siempre se escapa y no puede ser representado. En ese sentido, lo real en tanto trauma escapa al pensamiento, pero insiste en no dejarse olvidar por nosotros: “es lo que siempre vuelve siempre al mismo lugar –al lugar donde el sujeto en tanto que cogita, la *res cogitans*, no se encuentra con él” (p.57).

Algo de eso intenta demostrarnos con los ejemplos tomados de la obra de Freud, que giran en torno a esta concepción de la repetición como intento de capturar lo imposible de ser representado. En el sueño, la muerte del hijo en tanto real que no logra ser totalmente simbolizada, irrumpe e interrumpe el sueño del padre, pero no aparece a cara descubierta: el hijo aparece vivo. Como señala Bruce Fink (1997): “la representación de lo real es siempre fallida (...) lo real no puede ser encontrado clara y simplemente en un sueño – siempre está disfrazado, vestido” (p. 243). De modo similar, en el juego del *fort-da*, Lacan (1964) interpreta que el juego no simboliza la necesidad de que vuelva la madre, pues bastaría con llamarla. El juego es la respuesta a esa falta que la ausencia de la madre ha creado, en la cual se produce un “foso”. El niño busca algo que no está, el juego gira en torno a una ausencia (p.70).

De esta forma, vemos que ese punto inasimilable, del encuentro con lo real, se repite insistentemente, retorna, pero no aparece de forma directa, sino que “yace siempre trás el *automaton*” (Lacan, 1964, p. 62), es decir, el retorno maquínico de los signos, que recubre, “disfraza” ese punto que no logra ser asimilado.

¿De qué manera el trauma, el encuentro con lo real, anima el retorno de los signos? ¿Cómo se relaciona con la insistencia de la cadena significativa? Una posible respuesta la encontramos en Chemama (2004, p. 387), quien plantea que el retorno insistente de los significantes, más que un hecho estructural del lenguaje, se debe a la existencia de un significante primero, uno que ha desaparecido originalmente y cuya pérdida adquiere el valor de “trauma inaugural”. En esa línea, Fink (1997) sostiene que la *tyche*, como encuentro con lo real –trauma–, “corresponde con la causalidad, con aquello que interrumpe el funcionamiento tranquilo del *automaton*, de la seriación automática, sujeta a la ley regular de los significantes del sujeto en el inconsciente” (p. 242-243).

De esa forma, podemos pensar que la *tyche* en su carácter disruptivo es lo que causa la repetición. Es precisamente a partir de ese trauma inaugural, de ese primer encuentro con lo real, que se origina la repetición y se produce la insistencia de la cadena significativa (*automaton*), en un intento fallido e incesante de simbolizar esa ausencia. Tal como nos dice Fink (1997) la repetición tiene que ver con algo que por más que se intente no se puede recordar, el pensamiento no logra encontrarlo; y “qué es eso?”, se pregunta; es justamente “lo que está excluido de la cadena significativa, pero alrededor de lo cual gira esa cadena” (p. 241).

Ahora bien, es innegable que el contrapunto que estos planteos introducen reavivan –y quizás renuevan– preguntas antiguas que insisten, una y otra vez, bajo nuevas formas a lo largo de este trabajo. En el apartado anterior nos preguntábamos: ¿cómo trastocar la imposición automática de la cadena significativa? ¿Cómo pensar la producción de lo nuevo desde este marco?

Lacan ya nos daba algunas pistas cuando nos decía al inicio que no confundiéramos el retorno de los signos o la rememoración con la verdadera repetición, así como Kierkegaard nos advertía al inicio de que no confundiéramos *repeteren* (repetir como reproducción mecánica) con *gjentagelsen* (repetir en su carácter activo, como retoma o recuperación). No en vano Lacan nos dice explícitamente que “la repetición exige lo nuevo” (p.69).

Si la repetición es –por su carácter estructural y constitutivo– necesaria, como nos dice Soler (2004, p.100), es decir, en el sentido de lo que *no puede no ser*, ¿cómo salirse de lo que *no puede no ser*?, ¿cuáles son las condiciones de posibilidad para que emerja lo nuevo a pesar de eso? Respecto a eso, nos recuerda que, paradójicamente, la necesidad de la repetición “se

realiza por medio de un accidente, es decir, de algo que sucede al azar, *tyche* de Aristóteles y que es por lo tanto contingente” (Soler, 2004, p.100).

En ese sentido podríamos decir que es precisamente la dimensión disruptiva de la *tyche*, en tanto encuentro con lo real, lo que permite interrumpir la “seriación automática de los significantes” que nos impone el *automaton* (Fink, 1997, pp. 242-243) e introducir la dimensión de la contingencia –en el sentido de la posibilidad, de lo que *puede ser o no ser*– en aquello que se impone como destino. Quizás sea en ese intersticio abierto por esos encuentros con lo real (con lo imprevisible, el sinsentido, lo no pensado), encuentros fallidos en la medida en que el discurso tropieza con su límite y pone en evidencia ese agujero en la cadena significativa del *automaton*; es justamente allí donde se introduce la posibilidad de inventar, donde algo nuevo puede advenir. Tal vez se trate de construir un “saber hacer allí” (Lacan, 1976), no a pesar de la repetición, sino a partir de ella.

### **A modo de síntesis**

A lo largo de este trabajo intentamos trazar un recorrido posible para pensar la cuestión de la repetición desde distintos ángulos, revisitando aquellas formulaciones que, a nuestro juicio, se destacan por su carácter disruptivo. No con la pretensión de fijar una postura teórica definitiva, sino de acompañar sus desplazamientos y torsiones, entendiendo que es en los agujeros del saber –allí donde el sentido no cierra o incluso se contradice– donde pueden surgir nuevas interrogantes.

Freud introdujo la repetición como un problema central para pensar la constitución psíquica y la clínica, desde su manifestación como resistencia y retorno de lo reprimido en forma de acto, en *Recordar repetir y reelaborar*, hasta su vínculo más radical con la pulsión de muerte y el trauma en *Más allá del principio de placer*. Como argumentamos y señalamos a lo largo del texto, el carácter disruptivo y la potencia de sus ideas, no está exenta de ambigüedades, lo que nos invita a seguir pensando. El vínculo entre la repetición, pulsión de muerte y principio de placer no queda del todo claro y por momentos parece contradictorio. Así, nos hicimos algunas preguntas, entre ellas: ¿responde la repetición al proceso de ligazón asociado al equilibrio psíquico y a la actividad de Eros, o a una fuerza “demoníaca”, devastadora, propia de la pulsión de muerte? ¿Es una repetición de “lo mismo” o de “lo igual” o puede abrir a lo nuevo, a otra cosa? La pregunta por la repetición como posibilidad de producción de nuevos sentidos nos acompañó de forma directa e indirecta a lo largo del recorrido, y si la sostuvimos fue para ampliar nuestra reflexión.

Con Lacan la repetición se despoja de su connotación demoníaca y patológica y se piensa como hecho estructural. En su texto *Seminario sobre “La carta robada”*, el automatismo de repetición se revela como insistencia de la cadena signifiante del inconsciente. Posteriormente, en el *Seminario 11*, distingue *automaton* y *tyche*, abriendo una dimensión nueva: la repetición no es solo insistencia automática, sino también tropiezo con lo real, encuentro con la contingencia. Quizás sea en ese punto de quiebre, allí donde el discurso tropieza con su límite y deja entrever un vacío, donde algo nuevo puede emerger. De todos modos, consideramos que este punto sobre la relación entre repetición y contingencia podría ser mejor explorado en posteriores trabajos.

Por último, creemos oportuno señalar que estas reflexiones no sólo interpelan el campo teórico, sino que abren también preguntas fundamentales para la práctica clínica: ¿Cómo incide la repetición en el proceso de un análisis? ¿En qué medida puede presentarse como un obstáculo y en qué medida funciona como herramienta para el análisis, en tanto puede habilitar una vía para inventar algo nuevo?

Lo cierto es que su carácter paradójico no clausura, sino que interroga. Como dice Deleuze (2002): “si la repetición es lo que mata, es también lo que salva y lo que cura, y lo que cura, antes que nada, de otra repetición” (p.28). Evidentemente, este trabajo no pretende agotar el problema de la repetición, ni dar respuestas acabadas sino más bien dejar abiertas algunas posibles líneas de lectura que nos inviten a seguir pensándolo.

## Referencias bibliográficas

Assoun, P-L. (2004). *Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu.

Camus, A. (2021). *El mito de Sísifo*. Barcelona: Penguin Random House Editorial.

Chemama, R.(1998) *Diccionario del psicoanálisis*. Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu.

Corominas, J. (1987) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Editorial Gredos.

David-Ménard, M. (2015). *Como ler Além do princípio do prazer?*. *Reverso*, 37(69), 99-112.  
Recuperado de:  
[http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0102-73952015000100011&lng=pt&tlng=pt](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-73952015000100011&lng=pt&tlng=pt).

Deleuze, G. (1968/2002). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.

Ferrater Mora, J. (1969) *Diccionario de filosofía*. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Fink, B. (1997). *A causa real da repetição*. En: Para ler o Seminário 11 de Lacan: Os quatro conceitos fundamentais da psicanálise. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editora.

Fink, E. (2000) *La filosofía de Nietzsche*. (A. Sánchez Pascual, Trad.) Madrid: Alianza editorial.

Freud, S.(1894/1991) *Las neuropsicosis de defensa*. En: J. L. Etcheverry (trad.). *Sigmund Freud. Obras Completas: Tomo III*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1893/1992) *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud)*. En J. L. Etcheverry (Trad.) Sigmund Freud. Obras completas: Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1895/1994) *Proyecto de psicología*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1895/1992) *Estudios sobre la histeria*. En J.L. Etcheverry (trad). Sigmund Freud. Obras Completas: Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1896/1991) *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. En: J. L. Etcheverry (trad.). Sigmund Freud. Obras Completas: Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914/1991). *Recordar, repetir y reelaborar*. En JL Etcheverry (trad). Sigmund Freud. Obras Completas: Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Gay, P. (1996). Freud. *Una vida de nuestro tiempo* (1ed.). (J. Piatigorski, Trad.) Barcelona: Paidós.

Homero. (2015). Odisea. Recuperado de: <https://www.mendoza.edu.ar/wp-content/uploads/2020/04/La-Odisea-de-Homero.pdf>

Kaufmann, P.(1996). Dicionário enciclopédico de psicanálise. O legado de Freud e Lacan. V. Ribeiro(trad.). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Kierkegaard, S. (1843/1997). *La repetición. Un ensayo de psicología experimental*. Argentina: JVE Psique. Recuperado de: <https://imago.yolasite.com/resources/Kierkegaard,%20Soren%20-%20La%20Repeticion.pdf>

Laplanche, J.; Pontalis, J-B. (1967/2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1955/2008). *El seminario. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1956/2009). *El seminario sobre "La carta robada". Escritos 1. Ciudad de México: Siglo XXI*.

Lacan, J. (1962-1963/2006). *El seminario. Libro 10: la angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1964/2010). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- Monzani, L. R. (2014). *Freud. O movimento de um pensamento*. Campinas: Editora Unicamp. Libro digital recuperado de: <https://es.scribd.com/document/631446140/L-MONZANI-Freud-o-movimento-de-um-pensamento>
- Nancy, J.-L.; Lacoue-Labarthe, P. (1973/1991). *O título da letra: uma leitura de Lacan*. São Paulo: Editora Escuta.
- Nietzsche, F. (1882/2020). *La gaya ciencia*. Recuperado en <https://www.guao.org/sites/default/files/biblioteca/La%20gaya%20ciencia%20.pdf>
- Nietzsche, F. (1885/2016). *Así habló Zaratustra*. A. Sánchez Pascual (trad.). Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (1908/2005). *Ecce Homo*. (A. Sánchez Pascual, Trad.) (2005) Madrid: Alianza. Recuperado de : <https://proletarios.org/books/Nietzsche-Ecce-homo.pdf>
- Platón. (1871). *Diálogos polémicos. Menón o de la virtud. Obras completas de Platón. Edición de Patricio Azcárate. Tomo 4*. Madrid: Medina y Navarro Editores. Recuperado de: <http://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf04275.pdf>
- Platón. (1872). *Diálogos dogmáticos. Timeo o de la naturaleza. Obras completas de Platón. Edición de Patricio Azcárate. Tomo 6*. Madrid: Medina y Navarro Editores. Recuperado de: <http://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf06131.pdf>
- Roudinesco, E. (2000). *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Roudinesco, E.; Plon, M. (1998/2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Soler, C.(2004). *La repetición en la experiencia analítica*. Buenos Aires: Manantial.
- Viallaneix, N. (1997). *Kierkegaard. El único ante Dios*. Barcelona: Herder.
- Zupančič, A. (2017). *What IS sex?*. Massachusetts: The MIT Press. Libro en formato digital recuperado de: <https://www.docdroid.net/YRIt6PX/what-is-sex-pdf->